

La Última Fiesta del Té

Gema Cantos



LA ÚLTIMA FIESTA DEL TÉ

Gema Cantos
LA ÚLTIMA FIESTA DEL TÉ



Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)

© Gema Cantos (2021)

© Bunker Books S.L.

Cardenal Cisneros, 39 – 2º

15007 A Coruña

info@distrito93.com

www.distrito93.com

ISBN 978-84-18377-94-5

Depósito legal: CO 614-2021

Diseño de cubierta: © Distrito 93/ Shintayu

Ilustración de cubierta: © Shintayu

Diseño y maquetación: © Distrito 93/ Noelia Collado

Imprime: Podiprint

PREFACIO

¿Quién le concede a una persona el privilegio de definir lo que es real y lo que no? Yo vivo mi realidad y espero que otros vivan la suya. Al experimentar diferentes realidades, no hay una que se pueda considerar legítima. Nuestra idea de esta concepción está tan difusa como el horizonte cubierto por la niebla en una abarrotada calle de Londres.

No solía ser consciente de que mi realidad era parecida en mayor medida a la de todas las personas que me rodeaban. Era una niña más; la cual crecería, se casaría, tendría hijos y moriría. Sin embargo, todo esto cambió cuando visité cierto lugar llamado el País de las Maravillas. Así, sin apenas darme cuenta de ello, todo lo que me definía (y, según muchos, yo también) se vio trastocado después de mi regreso.

Desde entonces, mi vida ha sido cuestionada junto a mi salud mental. Las personas consideran que eres un lunático si no piensas y hablas como la sociedad quiere que lo hagas. Por eso nadie se atreve a ser diferente, a ser quien es en realidad. Si no sigues la norma, creerán que te has vuelto loco.

Creo también que la Suerte me tenía en alta estima, al menos hasta hace algunos meses. Se parece a mi tío John, que siempre ha estado yendo y viniendo por viajes de negocios. Hasta que un día no volvió. Quiero pensar que la Suerte decidió entonces que lo justo sería irse con mi tía Kathy, su mujer, que se quedó sola a cargo de sus cuatro hijos.

Sé que otra de las decisiones de la Suerte fue ser mi acompañante una vez más, cuando tuve la oportunidad de conocer el sitio que se ocultaba a través del espejo. Pero nada en mi vida me marcó como lo hizo el País de las Maravillas. A partir de ese momento, mi manera

de pensar y de hablar cambiaron totalmente: ya no soy la Alicia que se enfadaba con todos los seres que una vez consideré extraños, y ya nunca seré la Alicia que no comprendía lo que estaba sucediendo a cada momento que pasaba allí; ahora soy la Alicia que está a punto de ir a la universidad para seguir estudiando diferentes civilizaciones, aunque mis trabajos sobre mundos paralelos hayan sido los culpables de que casi me encierren en un manicomio. Por suerte, mi padre siempre ha estado ahí intentando defender mi sanidad con la misma excusa —y con algunos billetes siempre en mano—: «Perdónenla, pero ya saben que Alicia es una chica muy imaginativa. Muchas veces tiene sueños tan intensos que se despierta creyendo que son verdad. Este solo es uno de tantos.»

CAPÍTULO 1: DESINVITADA

Un estruendo proveniente del salón me llevó de vuelta al *mundo real*, o al que la gente llama mundo real. He estado segura de esto toda mi vida, pero no fue hasta hace algunos años que supe innegablemente que no es así, que no hay nada que pueda no existir con certeza, que todo lo que puedas imaginar seguramente existe en otro de los tantos sitios que aún no hemos descubierto porque, simplemente, no hemos sido invitados.

Me levanté de la silla que siempre acompañaba a mi mesa de estudio y sentí cómo el suelo de madera gritaba dolorido con agonía. Estaba segura de que si pudiese hablar como lo hizo aquella puerta una vez hace muchos años, me hubiera suplicado que parase de arrastrar la silla hacia atrás y de dañar —solo cuando tiene el día sensible— su superficie.

Bajé las escaleras de dos en dos y, en el peculiar giro que hacen hacia la derecha, de tres en tres, porque los escalones son unos milímetros más pequeños que los que les preceden. Lo sé porque me pasé una tarde entera midiéndolos usando libros como referencia. Quería comprender por qué podía bajar unos de tres en tres sin tener miedo, pero tenía que bajar los otros de dos en dos. Supuse que mi cerebro sabía que unos eran más pequeños que otros, pero no quería decírmelo para que trabajase y encontrara por mí misma la solución.

—¡Alicia! —escuché desde la habitación de mi padre—. ¡Por favor, hija, te he dicho miles de veces que no tengas tanta prisa en bajar las escaleras, que vas a llegar al piso de abajo siempre, pero quiero que llegues viva!

—¡Lo sé, padre! —respondí mientras entraba por la puerta del salón y empezaba a sortear muebles—. ¡Pero es de mala educación

hacer esperar a las cosas rotas y he escuchado que algo caía en el salón! ¡Seguramente quiera volver a estar completo!

Salté encima del banco repleto de cojines morados que había justo en el centro de la habitación. Desde ahí podía tener el mismo punto de vista que el que tienen los piratas cuando se suben a la cofa de un barco con tal de avistar posibles enemigos en la distancia. Mi enemigo en ese momento era la incertidumbre, pero la vencí en pocos segundos. Dentro de la chimenea, con una fina capa de cenizas cubriéndolo sutilmente, había un sobre de color negro con decoraciones doradas y, cual fénix, una «A» asomaba entre las cenizas. Bajé entonces del banco y, mientras los cojines intentaban volver a su forma original, me hice dueña de él y decidí abrirlo.

Querida Alicia:

Quedas cordialmente desinvitada a una fiesta de negro a la que debes acudir.

Por favor, no vengas vestida íntegramente de negro.

Ven tan pronto leas esta carta y trae tiempo.

L. M.

PD: SI TE PREGUNTAS CÓMO VENIR DE NUEVO, INTENTA VERLO CON OTROS OJOS.

Tras leer la última palabra, supe inmediatamente lo que tenía que hacer. Llevaba años esperando ser invitada de nuevo. Subí las escaleras y corrí hacia la habitación de mi padre, el cual se encontraba —como todos los días desde hacía siete meses— reposando en la cama. El médico venía a casa cada cuatro días para revisar su estado, e insistía en que estaba lo mejor que podía encontrarse dadas las circunstancias. Tenía una infección en los pulmones y yo sabía que fingía estar igual que como lo recordaba de niña, como aquel hombre que me decía que siempre se pueden hacer siete cosas imposibles antes de desayunar. Quizá no parecía correcto que me fuese de nuevo durante quién sabe cuánto tiempo al País de las Maravillas, pero si había algún sitio en el que podría encontrar algo que mejorase el estado de mi padre, era allí.

Al entrar en su habitación, me acerqué a la cama, le di un beso en la frente y me puse a buscar las lentes que usaba para leer.

—Alicia, ¿qué tramas esta vez? —Tosió—. ¿Qué buscas en mis

cajones?

—Tus lentes, papá. ¿Dónde están? ¡Podrían salvarte la vida!

—Hija mía... —dijo mientras se incorporaba—. Tantas son las veces en las que me arrepiento de haberte metido esas ideas fantásticas en la cabeza de pequeña... Solo quería que fueses una niña feliz, que no te centrases tanto en este mundo podrido en el que nos ha tocado vivir...

—Y lo conseguiste, padre —contesté mientras revolvía los cajones—. Y gracias a eso, soy la única que cree que puede que haya una cura para tu enfermedad.

—Alicia, sabes que los médicos aún no han encontrado la manera de curarme, pero rezo todas las noches para que la descubran en un futuro y así no le ocurra lo mismo a tu marido o a alguno de tus hijos.

—Sabes muy bien que no me voy a casar, padre. ¿Quizá las tengas dentro de alguna lámpara de gas? No, ¿para qué ibas a meter tus lentes en una lámpara de gas? ¡A lo mejor están jugando al escondite! Aunque encontrase un hombre que aceptase a una mujer con estudios y que quiere trabajar, seguramente me delataría a la policía después de la primera conversación sobre mis investigaciones y acabaría en un manicomio. No puedo arriesgarme.

—Lo sé tan bien... —suspiró—. Mis lentes están bajo la almohada que hay a mi derecha.

—¡Gracias! ¡Vas a recuperarte, padre, lo prometo! —dije casi gritando mientras cogía lo que había estado buscando—. Voy a irme durante varios días, quizá semanas... o meses. Bueno, no lo sé. Puede que para cuando vuelva, Tiempo haya decidido trabajar hacia atrás, así que no voy a hacer más especulaciones.

—Hija, ¿adónde vas? Dime que no vas a volver a perderte como cuando eras pequeña —dijo, temeroso—. Desapareciste durante horas y volviste llena de barro y diciendo que te habías caído en una madriguera de un conejo que habías perseguido.

—Voy al mismo sitio, padre —sonreí confiada—. Pero no te preocupes, esta vez no volveré manchada porque no iré por la madriguera. Usaré tus lentes para viajar.

—Oh, Alicia...

Antes de que acabara con su intento de convencerme, ya me estaba deslizando sobre el pasamanos de madera de roble de la escalera. Luego, me dirigí a la cocina para rellenar una taza de agua. Tras esto, volví a trasladarme delante de la chimenea que había traído esperanza a mi casa y que, seguramente, auguraba nuevas aventuras. Eché cenizas en la taza y las mezclé con el agua, de manera que la mezcla resultante me sirviera como una especie de pintura. Dibujé entonces dos ojos en los lentes de mi padre y me los puse a la vez que me colocaba encima de las cenizas, justo debajo de la chimenea. Miré hacia abajo para verificar que lo que llevaba puesto no fuese de color negro y pensé que Destino sabía desde la pasada noche que iba a volver a visitar aquel sitio, pues había elegido mi vestido azul de flores blancas para el día siguiente. Después, miré hacia arriba y vi a dos trabajadores subidos en unas larguísimas escaleras amasando trozos de nubes, procediendo después a colocarlas en el sitio perfecto para que los rayos del sol pasaran a través de ellos.

Uno accionó una palanca en la parte baja de su escalera, lo que hizo que esta deslizase un segmento más largo que pudiese llegar hasta donde me había detenido. Una vez a mi lado, comencé a subir mientras algunos trozos de nube que iban siendo descartados caían sobre mi cabello.

—¡No están lo suficientemente esponjosas! —gritó la Reina de Corazones—. ¡Las quiero más esponjosas o haré que os corten la cabeza!

Ambos trabajadores dieron un respingo y se concentraron nuevamente en mullir las nubes, dejándolas tan esponjosas como un bizcocho de fresas recién horneado.

—¡Alicia, por fin llegas! Te hemos estado esperando durante cinco minutos —gritó el Conejo Blanco mientras se acercaba a la escalera—. ¡Llegaremos tarde! ¡Y no podemos llegar tarde a la fiesta de negro!

—¡Pero no sé cómo bajar de aquí! ¡Solo puedo bajar hasta volver a mi casa o subir hasta las nubes!